

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
JOSE MORENO CARBONERO



Artista de talento,
 que maneja el color con lucimiento,
 y prueba su valía
La conversión del Duque de Gandía

Lit. de Bravo, Desengaño 14 y Cerros. Madrid

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El cloruro, por Eduardo Bustillo.—En el album de D. M., por Manuel Matoses.—Historia de un toro, contada por él mismo, por Ricardo de la Vega.—La serenata, por José Estremera.—Epigramas, por Luis López.—Naturalismo crudo y otros excesos, por Constantino Gil.—Disgusto doméstico, por Sinesio Delgado.—Acuérdate, por Emilio Coca.—Chismes y cuentos —Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS.—José Moreno Carbonero, por Moya.—Gramática infantil, por Apeles Mestres.—Un caso.—Precauciones, por Mecachis.



La amante solicitud del Gobierno en pro de nuestra conservación, ha producido motines y disgustos. La humanidad continúa siendo ingrata hasta el extremo de rechazar el cloruro que con mano cariñosa le ofrece el Sr. Bosch y Fustigueras; y en vez de aspirar con delicia las emanaciones fénic-municipales, increpa á los mangueros, injuria á los sanitarios y silba al *Chato*, inspector de policía y representante genuino de esta situación que tira á salvarnos por medio de los desinfectantes.

Nótase en ciertos seres el deseo de fenecer, y es inútil que las autoridades procuren encerrar el hilo de nuestra existencia á fin de hacerle más consistente. Pocas son las personas que se entregan de buena fe al cloruro de cal, y hay quien prefiere una buena ensalada de lechuga ó una lata de pimientos de la Rioja, á todas las fumigaciones conocidas.

En cambio, los que tienen bastante ilustración para comprender la virtud de las medidas sanitarias, se entregan sin sugestión ajena á los bombones de ácido fénic y llegan hasta echarlos en el cocido.

Los partidarios del alcanfor andan por ahí recomendando á todo el mundo el uso de las plumitas. El azufre tiene también sus adeptos entusiastas, que lo llevan en los bolsillos y en el forro del sombrero.

Ayer me decía uno de éstos, hombre aprensivo y temeroso de Dios:

—¡Oh, el azufre! En casa lo usamos para todo. Mi esposa y yo dormimos con la cabeza metida en un saco y hemos acostumbrado á los niños á que se desayunen con terrones de azufre disueltos en flor de malva. Ayer nos olvidamos de cerrar el cajón del aparador, y el mayorcito, que es muy goloso, se comió media libra de azufre con pan.

No haya miedo de que penetre el cólera en casa de mi amigo Don Silvestre; su ministerialismo le lleva hasta el punto de fumigarse diariamente con pólvora y espliego. Además, los comestibles son sometidos á tres días de observación, para que los microbios tengan tiempo de morir, y el agua se bebe cocida ó guisada, según los casos.

Afortunadamente para todos, este cólera que ahora se estila es un cólera degenerado, que no tiene pizca de respeto á los poderes constituídos, ni se ceba, ni siembra el pánico, ni hace, en fin, lo que haría un cólera de buenos principios. De suerte que los viajes realizados por muchos padres de familia á costa de su escueto bolsillo, resultan perfectamente inútiles, y algún padre de estos se tirará mañana de los pelos del bigote al ver que nosotros, sin viajar y sin nada, hemos obtenido nuestra salvación, la de nuestra suegra y la de nuestros hijos, y nos ha salido por una friolera.

*
*
*

La gente de buen tono cree, sin embargo, que huir es vencer, y toma por asalto los coches del tren de Francia, no tanto por miedo como por la vanidad de poder decir que ha comprado su salvación á peso de oro.

Muchos elegantes se van quedando en los pueblos inmediatos á la corte, porque lo esencial es desaparecer del foco colérico, dando ocasión á frases como esta:

—Los de Espigoncillo han salido ya. Van á Pau. Allí tienen una *villa*.

Y á lo mejor se meten en Villalba ó las Rozas, donde alquilan un sótano con honores de choza, para vivir en colectividad con las gallinas, el casero y otros animales.

*
*
*

De todo lo cual resulta que nos han subido la carne, que el comercio echa chispas, por los gravísimos perjuicios que sufre con motivo de la declaración oficial del cólera, y que el cielo amenaza lluvias.

Esto último se atribuye también al Gobierno.

Lo que me decía ayer un teniente retirado, que está á matar con la situación y con la patrona:

—¡Esta es una nación perdida! ¡Ya no hay seriedad en los Gobiernos, ni justicia, ni riguroso escalafón, ni nada!... Hasta la Providencia no es como era antes... En fin, con decir á V. que ya no se encuentra un pupilaje decente por ocho reales...

De tal suerte se van poniendo las cosas, que algunas veces casi siente uno no ser caso sospechoso, para morir ó para que le citen en los periódicos, lo cual es seductor en cierto modo, porque el hombre vive del halago como vive del pan.

¡Cuánto darían algunas personas aficionadas á la exhibición periodística por salir en letras de molde, con motivo de la enfermedad reinante (llamémosle así)!...

Un caballero que envía á la prensa todo género de noticias referentes á su persona, acude estos días á las redacciones con pretextos fútiles, para sacar la conversación del cólera y poder decir que él ha tenido dolor de vientre, acompañado de ruidos extraños, y que aquellos síntomas le causan cierta alarma...

Después, encarándose con un redactor, le indica la conveniencia de citar este caso con el nombre y señas del paciente, añadiendo que se halla fuera de peligro y que está indicado para desempeñar un gobierno civil.

Si esto dura, que no durará, aún hemos de ver en algunos seres la extraña manía de aparecer como víctimas coleriformes. Todo es que se empeñe el Gobierno en poner de moda el padecimiento; y así como antes adquirían cierta importancia poética los jóvenes éticos, mañana será de buen tono poseer la cualidad de joven colérico ó caso sospechoso.

¡Quién sabe! Tal vez no pase mucho tiempo sin que leamos en los periódicos:

«El distinguido colérico Sr. Fulano ha entrado en el período de los calambres. Felicitamos cordialmente á su familia.»

*
*
*

Concluyamos pidiendo perdón á los lectores por esta crónica, que huele á cloruro.

Como no se habla más que del cólera, nos hacemos eco de la conversación general.

Peor sería que hablásemos del Gobierno...

LUIS TABOADA.

EL CLORURO

No es el municipio ha días á la voz de alarma sordo, y está haciendo el caldo gordo á todas las droguerías.

Porque él piensa de seguro que hay un pánico bestial, y un porvenir tan oscuro, que necesita de cal el cloruro.

Sin mostrarse la epidemia con su influjo pernicioso, ha alterado ya el reposo de alguna ilustre Academia. Pero que la cuenta salde con nuestro valiente alcalde,

que es con los microbios duro y nos prepara de balde el cloruro.

Y pues ya llegó el momento en que, por amor de Dios, reparten las drogas los carros del Ayuntamiento, en estos instantes plácidos en que están los nervios flácidos, mi preservación procuro, pidiendo, con otros ácidos, el cloruro.

— Pero aunque esté tan en boga lo de la desinfección,

pienso que la imposición
concejil es una droga.
Y hay que tener tragaderas
cuando, quieras ó no quieras,
nos pongan en el apuro
de aguantar las regaderas
del cloruro.

Ya decía Juana Esteso
que á tal regar no se aviene,
pues ni ella el *virgula* tiene
ni nada que suene á eso.
Y si á un *bacillus* mayor
debe Juana el mal olor

con que nos marea, juro
que ha de oler mucho peor
con cloruro.

¿Y Lola, señor alcalde?
¿Por qué de cal clorurada,
si ya luce en su fachada
el cloruro de albayalde?
Y, en fin, al que ya el maduro
microbio de estanco sufre
en cigarrillo y en puro,
¿qué efecto le hará el azufre
ni el cloruro?...

EDUARDO BUSTILLO.

EN EL ALBUM DE D. M.

A LOS SEÑORES QUE ME HAN PRECEDIDO EN EL USO DE LA PALABRA

Francamente, ó no me explico
de estos libros el objeto
y hay en ustedes error,
ó no sé lo que me pesco.

Aquí se ha llamado á ustedes
para que escriban en verso
(que la prosa me parece
algo impropia para ello)
un cantarcito sencillo,
un sencillo pensamiento,
en fin, una de esas cosas
ligeritas... ¡y laus Deo!

Y ¿qué es lo que han hecho ustedes?
Un inventario completo
de las bellezas de Lola,
que reconozco el primero,
y acerca de las que guardo
mi opinión en el silencio.
Todas las pasadas hojas
me las he echado al colete,
y casi me ha mareado
tan continuo tiroteo.

«¡Qué hermosa es usted, Lolita!»
(¡Mil gracias! ¡Ya lo sabemos!)
«Esos ojos... esa boca...
esos dientes... ese pelo...»
(¡Sí tal! ¡Todo muy bonito!
¿Y qué tenemos con eso?)
«¡Si usted me mira, me mata!»
(¡Pero si Lola no es médico!)
«Dolores: míreme usted.
«Si no me mira, me muero...»
Y así sucesivamente

la van ustedes diciendo
lo que todo el mundo sabe.

Vamos á ver, caballeros:
¿Estará bien que Dolores
de, por entretenimiento,
á leer á sus amigas
esta colección de versos?
Si es modesta, cual supongo
y yo para mi deseo,
no querrá que anden sus gracias
de mano en mano corriendo
elogiadas entre ripios

y contadas por los dedos.

Además, Lola tendrá
(y hará muy bien en tenerlo)
un novio que será un chico
muy sensato, muy completo,
muy enamorado, en fin,
lo mejorcito del gremio.

Pues bien, cuando ese muchacho
lea tanto y tanto verso
y tanta declaración
amorosa ó poco menos,
¿quieren ustedes decirme
qué cara pondrá el sujeto?

Por eso repito y digo
francamente, caballeros;
la intención será muy buena,
sus elogios muy sinceros,
pero opino que estos libros
no se escriben para eso.

Esta es mi franca opinión,
dicho sea con respeto.

M. MATOSÉS.

12 junio, 1885.

HISTORIA DE UN TORO

CONTADA POR ÉL MISMO

(Conclusión.)

Voy á concluir, amigo mío (me dijo el rumiante), porque la
noche avanza y tú tienes que volverte á Getafe. Oye el final de
mi historia.

Pasadas las horas de siesta, la plaza de Leganés comenzó á
animarse de nuevo, acudiendo al Ayuntamiento las señoritas de
la localidad y las forasteras convidadas; todas llenas de cintas,
flores y polvos de arroz. Las carretas y tablados apenas podían
contener el considerable número de mozas y mozos, que, can-
tando, chillando y estrujándose, esperaban ansiosos las hazañas
del novillo que había dado muerte al vaquero.

Sonaron, pues, las cuatro de la tarde (perdona este desdichado
endecasílabo), y yo, enchiquerado para romper plaza, vi que se
abría la puerta de mi encierro, y me lancé á la arena bramando
estas palabras: ¡Viva la libertad!

El pueblo entero aplaudió mi salida; pero los chicos no se
atreían á acercarse á mí, y pegados á las carretas, me llamaban
con los capotes ó me tiraban piedras, que no llegaban á darme.
Había resuelto no hacer daño á nadie, pero sí divertirme un rato
con los lugareños, antes de huir en busca de la vaca de mis pen-
samientos, que tan mala noche me había hecho pasar.

Defendiendo una boca-calle había un tablado de dos metros
de altura, y sobre él, y en primera fila, estaban sentadas en un
largo banco diez ó doce mozas robustas y coloradas, que se di-
vertían tocando á un tiempo las castañuelas cada vez que el no-
villo pasaba por debajo. — ¡Hermosas sois, por vida mía! — exclamé:

me: — ¡Juro á Dios, que á ser hombre, no os libraréis fácilmente
de mi tierno furor! — En este momento me ocurrió dar un es-
pectáculo nunca visto, y en efecto, lo puse por obra del modo
siguiente: Medí á ojo la altura del tablado, tomé carrera, y aba-
lanzándome á él como si tratara de saltar la barrera, dí con los
brazos y el hocico tal empellón á las alborotadas mozas, que ca-
yeron de espaldas con el banco que las sostenía, descubriendo el
mayor prodigio de hermosura que pudiera fingir humana fan-
tasta.

¿Qué imagen representas
á mi ilusión tan formidable!... ¡Tapa!...
como dijo D. Ramón de la Cruz.

Veinte ó veinticuatro piernas más ó menos blancas y tornea-
das se agitaban en el aire excitando la hilaridad de los especta-
dores, y no sé si alguna otra modificación agradable sentida en el
yo á consecuencia de un fenómeno físico, según dice Monlau en su
tratado de Psicología.

El alboroto que se produjo en la plaza era indescriptible; y yo
entonces, aprovechando la ocasión, me metí por debajo de una
carreta, y arrastrándome y forcejeando, me vi libre en medio de
la calle principal. Recorrí todas las del pueblo atropellando sin
querer á los pacíficos habitantes que no habían asistido á la co-
rrida, y tratando de olfatear la mansión de las vacas del señor
Sinforoso.

Todo fué inútil. Las vacas estaban en el campo y no era fácil
adivinar su paradero. Desesperado y temeroso de que los vaque-
ros salieran en mi busca, decidí volverme á casa, y en efecto, á
poco más de anochecer entré en la torada de mi amo.

Voy á abreviar. El Duque, noticioso de los actos de mi valor,
y viendo que la enfermedad de mi ojo derecho había desapare-
cido enteramente, aunque sin saber cómo, me vendió al empre-
sario de la plaza de Madrid para una corrida que se verificó á
los ocho días de mi regreso.

¡Voy á morir (exclamé al saberlo), cual cumple á los héroes de
mi valiente raza! ¿Y quiénes serán los afortunados que me lidi-
en? Casi lo adivino: el hidrópico Bartolesi; el macilento Calderón,
¡fiel trasunto del Hidalgo Manchego...! ¿Y los palos, quién me
los colgará? ¿El Ostión? ¿Qué apodo tan bonito! ¿El Manene,
Manini, Manana ó como se llame? ¿Y será tal vez el Salvador
quien me de la muerte? ¡Ah! ¿Por qué no había de ser el Regate-
ro? ¡Entonces mi vida estaría asegurada!

A los ocho días me hallaba enchiquerado para ser el tercero
de la tarde. Empezó la corrida. Los dos compañeros que me
precedieron supieron portarse como lo hacen siempre los del
Duque. Nueve caballos despacharon entre los dos. El contratista
relinchaba, y el pueblo aplaudía al Duque. Lagartijo y Frascue-
lo, superiores. Cuando los toros son buenos, los diestros se hacen.
Cuando no lo son, los diestros nada pueden hacer.

Tocóme mi turno y salí al redondel. Desmonté seis veces á
los piqueros, y sus rocinantes no volvieron á levantarse. La san-
gre me corría por el ancho morrillo, y no había hombres para
mí. El Duque tuvo que levantarse tres veces á saludar al pueblo
que lo aclamaba.

Unos buenos y otros malos
me clavaron siete palos,
y persiguiendo al Ostión que saltó la barrera, salté tras él, y...
¡ay de mí!... me inutilicé por completo.

Desquebrajado de los cuartos traseros, apenas podía mover-
me. ¡Al corral! ¡Al corral! ¡Que se le perdone la vida! ¡gritaban
de todas partes, y tal fué la insistencia, que á una señal del pre-
sidente salieron los abuelos y me llevaron al corral.

No sé por qué razón volví á la ganadería de mi amo, donde
me cuidaron de tal modo que casi me restablecí. Posteriormente,
y ya viejo y cansado de amores y desafíos, fuí destinado á la la-
bor, y aquí me tienes, amigo mío (concluyó el buey), propiedad
de D. José Acevo, farmacéutico de Getafe y honrado labrador.

Tienes tu casa (añadió), en el Cebadero que está próximo á la
estación del ferrocarril.

RICARDO DE LA VEGA.

LA SERENATA

Cuando la noche cerró,
fatigada Estefanía
de las tareas del día,
en su habitación entró.
Desnudóse sin rebozo,
y, libre ya del corpiño,

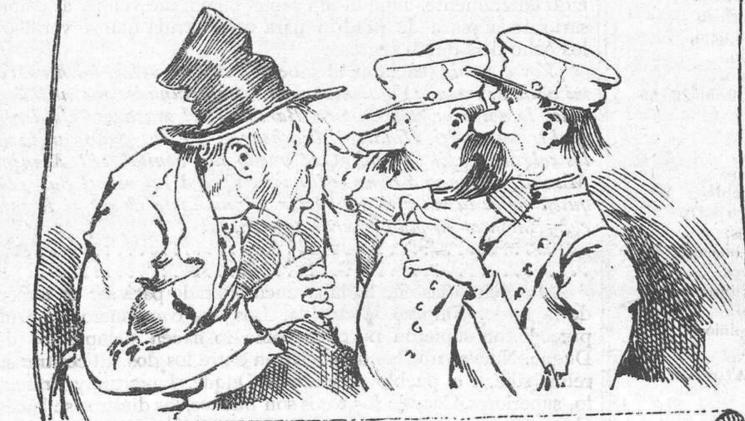
su blanco seno de armiño
quedó temblando de gozo.
Después la niña hechicera
se quitó su zagalejo,
y se puso ante el espejo
á arreglar su cabellera.

UN CASO

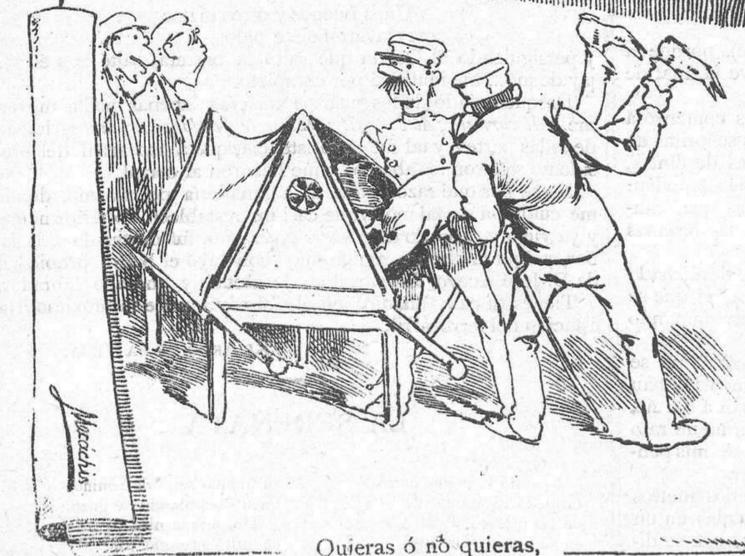
GRAMÁTICA INFANTIL



—¡Ay, ay, ay!...



—No hay más remedio; V. es sospechosa.
—¡Pero de dónde sacan VV. esas sospechas?



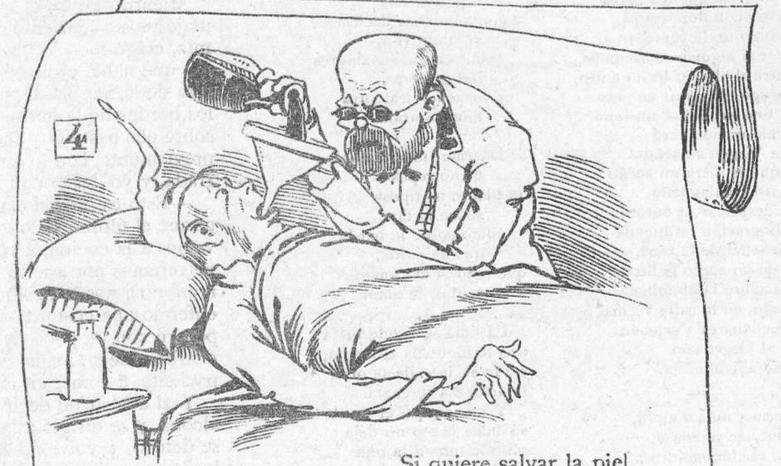
Quieras ó no quieras,
tú te sientes mal,
y ya lo veremos
en el hospital.



—Pero, mamá, si no me se queda nada en la memoria!
—Mira, hijo mío, no se dice *me se*, se dice *se me*.
—Bueno; pues no te me la lección.



Allons enfants de la patrie....



Si quiere salvar la piel,
¡ácido fénico en él!



¡No hay como los placeres
de la comida,
cuando quedan escasas
horas de vida!



—¡Hola! ¿conque has tenido el cólera?
—¡Cá, hombre!
—¡Pues si dicen que cuando te cogieron te quejabas de dolores de estómago!
—Sí; pero me dolía como siempre... ¡de hambre!

Quitóse horquillas y peina,
que fué dejando en la falda,
y á poco cubrió su espalda,
cual rico manto de reina,
un espléndido tesoro
de bucles, trenzas y rizos,
que ocultando sus hechizos
dió á su faz marco de oro.

Y después que los había
trenzado con floja trama,
miró bajo de la cama
por ver si alguien se escondía.
Entre el blando lecho entró,
que crugió al sentir su peso,
dió á una medallita un beso
y tierna oración rezó
á la Virgen su señora
para que le diera un sueño
amoroso y halagüeño,
hasta despertar la aurora.

Y la oración terminada
con la señal de la cruz,
mató de un soplo la luz
y cayó sobre la almohada.

Luego, en la calle vecina
se escuchaba esta canción
unida al alegre son
de sonora bandolina.

Duerme, niña donosa,
duerme y reposa,
que ya el alma amorosa
vela por ti.
Duerme plácido sueño,
blando y risueño,
mientras mi alma á su dueño
le canta así.

Duerme sin pena alguna,
que ya la luna

su rostro en la laguna
ve con amor.
Junto al nido de tamo,
de ramo en ramo
acudiendo al reclamo
va el ruiseñor.

Duerme, que mis endechas
á ti derechas
como amorosas flechas
volando van,
y mis cantos de amores
halagadores,
tus ensueños traidores
ahuyentarán.

Duerme, niña donosa,
como reposa
la blanca mariposa
sobre la flor;
como sobre la barda
tórtola parda,
que bajo el ala guarda
sueños de amor.

.....
La luna su faz de plata
tras la montaña escondía,
y aún en la calle se oía
la amorosa serenata.

Y viendo que el rondador
su dulce canto no deja,
salió la niña á la reja
y así dijo al trovador:

Lleno de amor y encanto
suena tu canto;
de dormir entretanto
¿quién es capaz?
«¿Duerme» dice, «alma mía»
tu melodía?...

Pues, hasta el nuevo día,
déjame en paz.

JOSÉ ESTREMER.

EPIGRAMAS

Dijome ayer Consuelito
que estoy ya chocho, y lo admito.
Contra la razón no arguyo;
me agrada un lindo palmito
y estoy chocho por el suyo.

Desde que mi amigo Andrés
se casó con miss Theresa,
por parecer un inglés
toma thé, monta á la inglesa,
y á todo contesta: —Yés.

No queriéndose acordar
del cólera Don Modesto,
dijo á su esposa Pilar

que bajo ningún pretexto
se lo había de nombrar.
Antojósele ayer pisto,
y Pilar, pensando en ello,
exclamó: —¡Válgame Cristo!
¿Estás loco? Por lo visto
hoy quieres que te de... aquello.

Suele tomar por higiene
tabaco en polvo Contreras,
y afirma que Doña Irene
es la que mejor lo tiene
de todas las estanqueras.

LUIS LÓPEZ.

NATURALISMO CRUDO

(CONTINUACIÓN)

Y en efecto: diéronme lo que había pedido, y al mismo tiempo que yo comenzaba á comerlo, sujetáronme brazos y piernas: los primeros por cerca de los hombros, para dejarme libres las manos y que pudiera comer; y las segundas por los tobillos, de lo cual se encargaron dos de mis hermanos y dos de mis primos, los más forzudos, los más serenos y valientes de todos ellos.

Contemplóme el doctor, durante medio minuto, y santiguándose con mucha devoción y gran compostura, porque era muy buen cristiano, levantó de pronto la sábana que cubría mi cuerpo, y ¡rás!... me dió en mitad del vientre un tijejetazo tan espantoso, que, desvanecido por el dolor, me tragué media guindilla que en aquel instante tenía en la boca.

Pero todo fué obra de un momento. Cuando, irritado por el picor de la guindilla que me abrasaba la garganta, recobré el conocimiento, vi ya al doctor Lejía que levantaba con aire de triunfo el brazo derecho, de cuya mano colgaban y se balanceaban mis pobres tripas, las cuales, francamente, no creí nunca que fueran tan hermosas, ni de tan estupendo tamaño. Aunque me esté mal el decirlo.

Olvidando las indicaciones que el doctor me había hecho, antes de darme el tremendo tijejetazo, abrí la boca para darle las gracias (pues, libre de todo aquel peso que me había quitado,

me encontraba en la gloria); pero el buen Lejía, poniéndose un dedo sobre los labios, me dijo con voz de trueno:

—¡Chist!... Ni una palabra, ni un movimiento, ni un suspiro... nada. ¡Si no, va V. á verle las barbas al Padre Eterno!

Yo me quedé mudo de terror, y mis hermanos y mis primos, sin saber lo que hacían, soltaron mis brazos y mis piernas, que hasta entonces habían tenido fuertemente sujetos.

Mientras tanto, el sabio, el incomparable doctor Lejía, sereno, majestuoso, sonriente como si estuviera presidiendo una academia, colgó todo lo que me había sacado en una pequeña escarpia que había en la cabecera de mi cama, á medio metro de altura de la mesilla de noche; y juntando después cuidadosamente los bordes de la herida que me había hecho en el vientre, puso sobre ella hasta dos docenas de sellos de correos, que humedecía previamente, con lo cual quedó la herida maravillosamente cerrada, y yo, hasta con ganas de levantarme.

—Esto es provisional, señores (dijo el doctor, después de pegarme el último sello, que por cierto era de certificados). Ahora, vamos á la cocina, á ver si está en punto la lejía; y si lo está volveremos por esa friolera (y señaló á lo que no quiero volver á nombrar), nos la llevaremos, y dentro de media hora se hará al enfermo una costurita donde ahora están esos sellos, que los despegaré con un poco de agua caliente, y me llevaré para aprovecharlos: luego, mañana, los esperaré á VV. á todos, incluso al paciente, á comer en mi casa de Cartagena.

Y al acabar de decir estas palabras, salió airoso de la alcoba, y se dirigió á la puerta de la habitación; pero de pronto se detuvo, y volviéndose y encarándose en mis parientes, que los unos me contemplaban con lástima, los otros con alegría, y todos, de cuando en cuando, miraban con terror y su poquito de asco, *todo lo* que el doctor había colgado de la escarpia, les dijo con acento que no admitía réplica:

—Ea, señores; al enfermo no hay que distraerlo: ahora está mejor solo: vengan VV. todos conmigo, á ver si está esa lejía en disposición. Y V. (continuó dirigiéndose á mí), no olvide lo que le tengo dicho. Ni un suspiro, ni un movimiento, ni una palabra. Los ojos abiertos, pero el cuerpo y el espíritu en reposo completo. El más ligero grito, es la muerte. Un poquito de paciencia, y está V. curado.

Y salió de la habitación, haciendo señas á todos para que le siguieran. Ellos obedecieron, volviéndose de cuando en cuando para mirarme amorosamente; y un momento después, me quedé solo en la alcoba, lleno de espanto, sin atreverme á respirar ni á moverme, y contemplando con cariño—no puedo negarlo—*todo aquello* que el doctor Lejía había extraído de mi cuerpo, y que se hallaba pendiente de la escarpia.

Así trascurrieron dos ó tres minutos, que á mí me parecieron un siglo. En realidad, yo me encontraba perfectamente; y sentía un bienestar, una calma, que casi casi me convidaban al sueño; pero no me atrevía á dormirme, recordando que el doctor me había encargado que permaneciese con los ojos abiertos, y temiendo que si me dormía, pudiera hacer algún movimiento, y pronunciar alguna palabra, soñando, que me produjera la muerte.

De pronto oí un ligero ruido, como de pisadas leves é imperceptibles, que sonaban cerca de la puerta de mi cuarto.

—¡Ya están ahí!—pensé, con mucho cuidado, para no contravenir las órdenes del doctor.

Y dirigí mi vista, con ansiedad, hacia el sitio de donde parecía venir el ruido.

De repente, mi corazón se contrajo y comenzó á latir con violencia extraordinaria.

Un gato negro, grande, gordo, con ojos fosforescentes y largos bigotes, apareció en la puerta de mi cuarto, que imprudentemente habían dejado abierta, y se puso á mirarme tranquilamente.

Era el gato de mi casa, al que yo tenía gran cariño; el que siempre, á las horas de comer, se ponía cerca de mi silla, para que yo le diera alguna piltrafa, y que, á veces, saltaba sobre mis rodillas, para acariciarme y que lo acariciara.

No sé por qué, su presencia me causó un vago terror.

Durante algunos segundos, permaneció el pobre Bocanegra—que así se llamaba—mirándome gravemente. Después dió dos ó tres pasos, y se sentó con mucha compostura al lado de los pies de mi cama.

Así estuvo dos ó tres minutos, que á mí me parecieron un siglo.

De improviso, sus narices se dilataron, y sus ojos amarillos se volvieron en las órbitas, con dirección á aquella parte de mi individuo que colgaba, como un trofeo de guerra, de la escarpia colocada sobre la mesilla de noche.

(Se concluirá.)

CONSTANTINO GIL.

DISGUSTO DOMÉSTICO

I

—Oye, Vicente.

—¿Qué pasa?

—Nada, que el diablo me lleva con la criadita nueva, y la voy á echar de casa.

—¿Es holgazana?

—Eso no.

—¿Es respondona?

—No tal.

—¿Es tonta?

—No.

—¿Guisa mal?

—Mejor que el que lo inventó.

—Pues entonces, ¿qué más quieres?

—Es que me sospecho ya que el chico la sigue...

—¡Bah!

¡tonterías de mujeres!

—¿Tonterías, eh? Pues mira, yo me he fijado muy bien, en que siempre que se ven, ella ríe y él suspira...

—Sin embargo, no es razón para que juzgues así.

—Es que ayer les sorprendí aquí, en esta habitación, y debió sentarles mal la sorpresa.

—¿Podrá ser!

—Porque echaron á correr por su lado cada cual. Conque, ¡já ver si no hay motivo para ponerles á rayal!

¡Por de pronto, que se vaya cada mochuelo á su olivol!

—Si es así, tienes razón. Anda, avisa á ese muchacho

que le espero en el despacho... ¡Bueno va á ser el sermón!

II

—Venga usted acá, buena pieza. Porque estás lacio y endeble, no cojo en seguida un mueble y te rompo la cabeza.

¿Conque sin respeto á nada nos estás comprometiendo y te entretienes haciendo el amor á la criada?

—¡Papá, por Dios!

—¡A callar!

Tal atrevimiento pasa en la calle, ¡pero en casa no lo puedo tolerar!

—¡Papá! te juro que quien calumnia así á la doncella, me calumnia á mí, porque ella es honrada... y yo también.

—¡Quítese usted de delante!

¡Diantre con el señorito, que parecía un bendito y ha resultado un tunante!

Como yo llegue á saber que en tú manía no cejas, te cojo las dos orejas y te las echo á perder.

Que cuando yo me incomodo, ya sabes cómo las gasto; ¡ó te enmiendas ó te aplasto!

—Pues bien; apesar de todo, es honrada la criada, ¡y lo vuelvo á repetir!

—¡Me vendrás tú á mí á decir si es honrada ó no es honrada!

SINESIO DELGADO.

ACUÉRDATE (1)

(1.^a)

De amor, el más verdadero
Nace en mi pecho un volcán
Que cual veloz huracán
Llega á tu lado ligero.
En su natural contento
No demuestra el pensamiento
Mas de la noche en rigor
Oye una voz de fervor,
Yo seré
«¡Acuérdate!»

(3.^a)

En los bosques del Retiro
Me paso la tarde entera
Y en semejanza de fiera
Lanzo un eterno suspiro.
Mas mi pecho no descansa
Y con seguidumbre mansa
Vuelvo lloroso á tu lado
Y oírás la voz de tu amado
Doliente á fe
«¡Acuérdate!»

(2.^a)

De tu rostro la hermosura
A mis órbitas ensancha,
Y en mis pupilas la mancha
Te demuestran la ternura.
De la ausencia en mi tormento
Corro á buscarte violento,
No te hallo, me exaspero,
y en ademán carretero
Digo con fe:
«¡Acuérdate!»

(4.^a)

Con frenesí yo te adoro
¡Sí idolatrada!, no miento,
Siempre está mi pensamiento
Descubriendo tu tesoro.
Fatigado en la faena,
Descanso, vuelve mi pena,
Y en ademán de locura,
Te dirijo en mi amargura
Una voz; y diré:
«¡Acuérdate!»

EMILIO COCA.



El Sr. D. José Borrás ha tenido la atención de remitirnos un ejemplar de su leyenda *El libertador del diablo*, prueba de las felices disposiciones que su autor tiene para la lírica.

(1) Vamos á ver qué tal les parece á VV. esto. Lo insertamos tal como lo hemos recibido, sin quitar punto ni coma.

N. de la R.

En esta obrita hay excelentes trozos de versificación y estilo y rasgos felices de inspiración.

Y no digo más
al señor Borrás.



A la puerta de una timba
un cesante gime y bufa
porque ha comido tan sólo
unas hojas de lechuga.
Un punto que baja, dice
á otro punto que pregunta:
—¡Arriba se dan judías!—
Y el cesante, que le escucha,
á la escalera se lanza
exclamando:—¿Conque alubias?
¡y las regalan!... ¡Cogollo!
¡pues poquito que me gustan!



El señor alcalde de la villa y corte, en un bando últimamente publicado recomendando indirectamente el uso del vino, dice que, según el parecer de personas notables, el agua es un poderoso conductor de los gérmenes infecciosos.

Sr. Bosch, ¿está V. seguro?

Porque á mí me parece que la infección se verifica por el aire, y nada más que por el aire. ¿Estamos?

Por lo demás, yo sé quién es una de esas personas notables. Mendoza.



¡Camisón!
Tu oportuna declaración
¡Camisón, Camisón!
ha producido risas
en la nación.
¡Camisón!



En Pamplona hay un colegio de niñas dirigido por hermanas de la Caridad.

Bien.

Y á dicho colegio asistía la hija de una pobre vendedora de periódicos.

Bueno.

Y porque á la niña la sorprendieron las madres con dos ejemplares del MADRID CÓMICO en el bolsillo, se armó una zaragata, se consultó á los correspondientes padres, y resultó que se debía expulsar á aquella discípula que vendía periódicos *excomulgados*.

Para lo cual empezaron aquellas señoras por quedarse con los dos números.

¡Vamos! esto es para acabar con la paciencia del más pintado.

Si VV. quieren leer el periódico gratis, se lo remitiremos; pero no hay por qué quitar á nadie lo que es suyo, bajo pretexto de una excomunión ilusoria.

Porque está prohibido hurtar, ¿entienden VV.?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. V. V.—Salamanca.—Es defectuosa; pero V. llegará á ser un poeta, si no de P y P, por lo menos de doble V.

Sr. D. P. G.—Santander.—V. versifica bien, pero no se cuida de lo que dice; así es que unas veces resulta oscuro, otras atrevido, y siempre con algun ripio que otro.

Rosa.—Toledo.—¿Que yo la dé explicaciones en tres ó cuatro renglones?
¡Pero si es una cuestión que no tiene explicación!

Sr. D. M. P.—Madrid.—Es muy difícil el arreglo, porque los defectos están en el asunto, es decir, en la masa.

Sr. D. L. H.—Madrid.—¡Hemos hecho tanto sobre lo mismo!

Adoquín.—Madrid.—Sr. de Adoquín:
hay algunos versos que no tienen fin.

Sr. D. J. B.—León.—Gastado. Remitido el 80.

Sr. D. J. P.—Barcelona.—¡Jesús! ¡qué malo es eso! ¡No se puede V. figurar!

Nar Harch.—Barcelona.—Si es ensayo puede pasar; pero á tal extremo llevado...

Sr. D. R. A.—Barcelona.—Estoy seguro de que no llegará V á ninguna parte por ese camino. ¡Y cuando yo se lo digo á V.!

Sr. D. E. B.—Granada.—No está mal, ¡pero es tan largo!

Sr. D. J. M.—Madrid.—¡Qué se han de poder publicar! Son tan malos, que parecen hechos apropósito. ¿Ha sido guasa?

Sr. L. Azo.—Madrid.—Mire V., en el fondo, muy en el fondo, la cosa tiene gracia, pero la forma es deplorable. ¡Qué lástima!

MADRID, 1885.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa Libertad, 16 duplicado, bajo

PRECAUCIONES



—¡En seguidita dejó yo que pase un microbio!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
 No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.
 DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES
 DEL
 MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

AL POBRE DIABLO

14, DESENGÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son inrompibles. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Ferra, Carmen, 1

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursal..... Montara, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengño, 14, y Carbón, 7 — MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con perfección y economía.